

## La canción de las mulas muertas

En *La canción de las mulas muertas*,<sup>1</sup> se narra el enfrentamiento de dos propietarios, Fausto Vargas y Leónidas Góngora, por la supremacía comercial de un pueblo (Placeres) perdido en una inmensidad inhóspita y tórrida. El primero, dueño desde siempre de una rústica fábrica de refrescos; el segundo, advenedizo y reciente propietario de la cantina del lugar. Tras la aparente lucha de posesiones, se vislumbra la batalla de dos antihéroes que engañados por las mutuas pertenencias, disfrazan los verdaderos propósitos.

Góngora, próspero e influyente; Vargas, olvidado y ofendido, habrán de liarse en una batalla de gestos, intimidaciones, vigilancias y tanteos, que oculta una violencia que nunca llega a explotar. La violencia física quedará a cargo de los criados de los contrincantes: Gil y Ramos. Tarea que cumplirán a ultranza, fiel y responsablemente.

Fausto Vargas, fustigado por el éxito y lujo de la cantina de Góngora, lo hace culpable de la marginación de que se siente objeto por parte de sus antiguos amigos y clientes. También, inicia un hostigamiento obstinado y silencioso que los conducirá al enfrentamiento final. Por su parte Leónidas Góngora, luego de encallar su exilio en Placeres, víctima del remordimiento que le produce el saberse causa de la destrucción de la vida de un hombre, responde a la hostilidad de Vargas utilizando las armas y la estrategia de



éste. Los acontecimientos empujan a la finiquitación del problema mediante un juego de dominó en el que todo se apuesta. En la cantina de Leónidas Góngora, la tarde "siguiente al día más caluroso de aquel verano en Placeres", ocurre el enfrentamiento. Pierde Vargas.

Lo anterior se cuenta en el primer capítulo del libro. El resto, los **cineos faltantes**, son el relato de las consecuencias de este hecho capital. La mitad del libro, 53 páginas de 107 que tiene, resulta la narración del deterioro, de la soledad, de la pulverización de objetos y personas. Despojada de la fábrica de refrescos, Fausto Vargas vegeta lo que le queda de existencia. Leónidas Góngora, remordido por la convicción de haber terminado con

otra vida, abandona Placeres en pos del primer hombre que destruyó y que lo obligó a exiliarse en el pueblo. Gil y Ramos, criados de los que se enfrentan, dirimen lo que les corresponde de la lucha y mueren. Siete años después de los hechos, en la vacía estación de trenes de Placeres, Carmelo, antiguo empleado de Fausto Vargas, único desertor de la pelea, relata a un recién llegado lo que queda por contar de la historia.

La estructura del relato, el tono y el ritmo, el uso de los tiempos y los puntos de vista narrativos, acercan a *La canción de las mulas muertas* a un género poco trabajado en nuestro país, si bien en la literatura norteamericana existen abundantes ejemplos de este particular tratamiento de una historia

<sup>1</sup> Gardea, Jesús. *La canción de las mulas muertas*. Oasis, México, 1981.

en los escritores sureños (McCullers, Faulkner, O'Connors). El mundo interior del ser humano transmitido mediante la descripción de gestos y movimientos; la recreación de un medio ambiente atosigante y opresivo que habrá de condicionar ciertas conductas y actitudes; el tono de saga, de epopeya, con que se cuenta una lucha mercantil que poco tiene de heroica pero donde el orgullo, la lealtad, la ambición y el honor, harán su aparición, contribuyen a hacer de esta noveleta, uno de los mejores logros de la literatura nacional. Todo esto vuelve al libro que nos ocupa una especie de

*western* sublimizado y trasplantado a nuestro país, con personajes reflexivos y solitarios, profundamente convencidos de una moral y con un alto sentido del honor.

*La canción de las mulas muertas* nos hace presenciar la lucha del hombre con el hombre, minimizada de propósito tras la aparente confrontación de las propiedades. Protagonista y antagonista, harán emerger las pasiones más humanas (dejando a un lado, quizás muy intencionadamente, la lascivia) motivando y condicionando acciones y pensamientos que los concitarán a adoptar posturas extremas.

Como en otros libros de Gardea, la presencia del paisaje es determinante. Este habrá de definirse y sistematizarse por la luz y el calor; la resequedad y el polvo. Elementos que encarnan en los personajes descritos y que los condicionarán para un actuar y un sentir ("En Placeres, sofocado infierno -dice Leónidas Góngora-, todos estamos locos) que, como afirma José Luis González en la contraportada, sólo Rulfo y Revueltas han podido comunicar.

**Luis Arturo Ramos**



RECTORIA

